

XII.

CANDOR Y CHISMOGRAFIA.

Entre el ruido estrepitoso de una feria extraordinaria, un saltimbanquis tocaba la trompeta, llamando á las gentes, á fin de que vieran las bestias poco conocidas, que para darles gusto, traía del otro lado de los montes y de los mares. Mas los campesinos cuentan su dinero antes de gastarlo: al anocheecer se apercibió el buen hombre de la pequeña ganancia del día. *Quid faciendum?* Hace sonar más ruidosamente la trompeta, toca con mucha más fuerza el tambor, sube al palco cerca de la puerta del circo, y se pone á publicar una muy nueva lotería. --Saco á suerte, dice, la bestia más gran-

de, la más maravillosa, la más fuerte, la más linda, la más estupenda. ¡El elefante por un sueldo; un sueldo cada billete; el rey de las bestias por un sueldo!—Los billetes se despachan en tropel: unos toman tres, y otros doce: llueve dinero. Se saca el número: el predilecto de la fortuna es Beco; Beco es saludado como felicísimo y envidiadísimo poseedor de un elefante.—Será indispensable, le dijo pronto el charlantán, mantener con cuidado al monstruo. Se morirá, de lo contrario, al tercer día, y la piel no es buena ni para hacer una criba de nueces. No cuesta mucho su manutención: con medio carro de yerba cada día tendrás bastante; abrévalo á la fuente; por la noche se contenta sólo con un barril de buen vino. Te recomiendo, compadre, la cuadra, y nunca podré recomendártela suficientemente: es preciso hacerla de intento, espaciosa y para él sólo, porque si pasa el elefante una noche con los demás animales, ¡adiós mi dinero! devora las ovejas, los rucios, los caballos y los bueyes con todos su cuernos. Vamos, cógele; te ha favorecido lo suerte; llévalo á tu casa.—Beco observaba aquel cabezorro extraño, aquellas grandes orejas en forma de

vela, aquella trompa plantada entre dos ojos nada tranquilizadores.—Necesito un cabestro, exclamaba en su interior.— A mirar volvía el animal suyo, y estudiando el modo de hacerle comprender que á buenas se fuera con él, le hacía inclinaciones de cabeza, y le invitaba con la mano. Mas el majestuoso paquidermo (1) hacía dar vueltas unas veces á sus colmillos de marfil, agudos, de más de metro y medio, y otras á sus ancas, que tenían cinco metros de altura, sin dar señales de reconocer á su nuevo señor. Añadió el charlatán: —Yo le hablaré, y verás si obedecerá.— Hace una señal, y da el elefante un bramido, que pone en fuga y en desorden á todos los feriantes del sitio.—¡Caramba! exclamó Beco, refugiándose detrás de una puerta; no hay que gastar muchas bromas con ese animalito. . . . Y luego un carro de yerba cada dos días y un barril de vino por la noche. . . . ¡Y si se comiese algún día el hermoso par de novillos que compré yo el año último. . . .! ¡Estaría loco. . . ! Diga, señor del elefante: ¿qué me daríais por él si quisiera revendéroslo?

(1) Orden de mamíferos que comprende los elefantes, los rinocerontes, los asnos, los cerdos y los caballos. (Nota del traductor.)

—No compro nunca dos veces la misma bestia, respondió el charlatán

—¿Y si os la diese por lo que cada billete cuesta, por un sueldo?

—Sería deshonar al rey de la naturaleza. ¡No lo consentiré nunca!

—Pues bien, tomadlo gratis, os lo doy.

—Soy un señor, y no admito regalos de nadie.

—Siendo así, replicó Beco más embarazado que nunca, dejaré plantado al señor elefante, y que sea feliz quien lo coja.

—No, señor, añadió el saltimbanquis; el elefante es vuestro, y lo dejo ahora en vuestro poder, debiendo en adelante mantenerle.—

En una palabra, Beco pagó al charlatán para que se dignase volver á tomar su mercancía. Lo que prueba que no es cómodo siempre poseer un elefante.

Mistress Needle se hallaba poco más ó menos en las condiciones de Beco, con la diferencia de que no deseaba de ningún modo quedarse sin la joven. Para ella, el elefante (cosa inverosímil, imposible y absurda) era la gentil señorita Julia de los Laureles. Tener á su disposición una joven tan cumplida; tenerla diariamente á la mano como dama de conversación, é in-

troducirla en las reuniones como maestra de sus hijas, parecíale á la señora muy bien: era Julia el decoro, el lustre y la felicidad de la casa. Mas todas las medallas tienen su reverso. Julia seguía siendo siempre, sin notarlo, aquella dama noble que no quería parecer, y era, mal de su grado, por su nacimiento y educación. Aunque no pocas veces abandonábase á los pasatiempos con sus discípulas, se leía en su cara la condescendencia más que el gusto de loquear, y el ansia de complacer á los otros más que el objeto de divertirse. Aun al prestarse á los muy leves servicios que á la señora dispensaba sin que se los pidiera, mantenía su actitud tan modestamente segura y tan señora de sí, que la Needle se apercibió de que á su alrededor tenía una igual, más que una sierva. Si luego se ponían á conversar, mostraba Julia tanto buen sentido y un criterio tan inmejorable, que la señora sentía forzosamente los efectos morales de la inteligencia superior de la joven. Veíase por ella forzada dulcemente á tratar á su sometida con delicada consideración, al propio tiempo que la compelia su cariño á confiar en ella en absoluto.—¡Oh! ¿Cómo podría ejercer imperio, preguntábase á sí propia, con una

joven tan bien nacida, tan amorosa, tan consagrada al bien de mis hijas, tan dócil, sobre todo, que se dobla y cede á la más insignificante indicación?

Tal era, y no era otra, la fascinación secreta con que Julia irresistiblemente se apoderaba del corazón de su señora, si bien despreciaba todo artificio y seguía invariabilmente con su papel humilde, aun en presencia de la baja servidumbre y de los forasteros. El no pretender ni usurpar nada, dábale autoridad y señorío. Estando próxima la partida de Parque verde, se multiplicaban las visitas hechas y recibidas por mistress Needle; no pasaba día sin que algunas personas que vivían algún tiempo en el campo (damas generalmente) se reunieran en la sala del castillo. Tocábale á Julia llevar á ella un rato á sus discípulas, y la señora la trataba cortemente, presentándola pronto á sus amigas. Naturalmente veíase forzada la joven á tomar parte activa en la conversación común, sobre todo porque mistress Needle, ansiosa de poner en evidencia el valor de su adquisición, se complacía en que viesen su manera de discurrir. Adaptábase Julia con gentileza á las chácharas comunes, hablando en inglés correctamente con las

personas del país, y en francés con las del extranjero que á veces llegaban á Parque verde; sabía sostener la charla de las jóvenes de poco juicio, y contestar dignamente á las reflexiones serias de sus mamás. Nutrida desde muy atrás con buenos estudios, de gran memoria, vivaracha, pronta en expresar sus conceptos, y lo que sobre todo se aprecia en las reuniones femeninas, con un semblante que resplandecía por su rara belleza virginal, y mucho más hermoso por su ingenuo rubor, hacía que todas las miradas se dirigiesen á ella, señoreándose poco á poco de los demás; todos estaban pendientes de sus labios, y dirigía la conversación haciendo el papel principal, y tornando á ser lo que otras veces había sido, esto es, la reina de las reuniones.

Sucedía que las tertulias de mistress Needle, admiradas de los altos pensamientos de Julia, de sus nobles halagos, y de sus maneras distinguidas, decían á los oídos de la protestante, cuando acompañadas eran á su coche:—Sabed que teneis una señorita como una perla; se luciría en las tertulias de las damas más ilustres de Inglaterra.

—¿A mí me lo decís? respondía la Nee-

dle, gloriosa del cumplimiento. Demasiado lo sé, y conozco lo que vale.

—¡Oh! ¿De dónde la sacásteis?

—La saqué del ramillete, ó más bien me llovió del cielo... Es una estrella, ¡pobrecita! una estrella eclipsada del cielo de Nápoles.

—Pero ¿quién es?

—Es una condesita con un escudo que envidiaría un duque. ¿Qué quereis? desgracias de familia. Mas el carácter bien templado no desmonta por el cambio de condición. ¿Lo creerías? Me causa respeto aun á mí; déjome mandar por ella.

—¡Oh! ¿No tiene nunca la ocurrencia de hacer de doctora?

—¡Ah! Es una oveja, como veis. Si no lo impidiese yo, á pesar de ser lo dicho, humillaríase hasta el punto de hacer de camarera, de peinadora y de esclava. No tiene otro pecado que haber nacido papista.

—¿Papista y santurrona?

—Yo, respondía la Needle, no lo quiero saber: en el trato no pierde nunca el equilibrio, cuidándose sólo de la escuela y de sus cosas.—

Realmente Julia, estudiando las personas con las cuales había de vivir, compren-

dió claramente que en el castillo de la Needle se albergaba una corte completa en miniatura, con todo el agregado de celos, envidias, adulaciones, partidos y chismografías que se puedan encontrar en una corte grande al natural. Había resuelto, en su virtud, no mezclarse poco ni mucho en cosa que no le perteneciese, hacer á todos buena cara, huir de la familiaridad, y abrirse camino para su soberano propósito, conquistando simpatías en fuerza de buenos oficios. Las mujeres de servicio, con frecuencia arrastradas, reprendidas y maleadas por la serpentosa miss Mary, gozaban al recibir una orden por boca de Julia, quien, al trasmitirla en nombre de la señora, la endulzaba como si fuese una súplica. Además, Kelerina no cesaba de alabar á la joven, aun con el fin de vengarse de la vieja regañona, que tantas veces la había hecho llorar. Con frecuencia la señora le recordaba su prohibición de suscitarse cuestiones con los demás criados, y de hacer comparaciones; todo era inútil; la buena hija del Tirol no creía hacer comparaciones, por limitarse á ponderar las bondades extraordinarias de miss Julia, que nunca la reprendía, y que siempre se mostraba satisfecha de sus servicios. Era

verdad, sin embargo, que la servía con esmero y puntualmente.

—La sirvo, decía jactándose con la señora, la sirvo como si fuérais vos, y como serviría también á la reina Victoria, si viniese á Parque verde.

—Está bien, contestaba mistress Nedle; pero no lo digas tanto.

—¿Qué inconveniente hay en ello? Todos la queremos mucho, y es una señorita tan gentil, que me dice siempre: “Gracias, Kelerina.” Nunca me dijo gracias miss Mary, mientras arreglé su cuarto.

—Bueno, vamos, vete y cálmate. Miss Mary no tiene que porfiar contigo: mas calla; no hables más, ni para bien ni para mal.

Con las compañeras después, la locuaz Kelerina expresaba su respeto y su estimación á la joven de una manera mucho más significativa, llegando á decir con énfasis:—No tendría dificultad en confesarme con miss Julia.—Por ello se le burlaban no poco las mujeres, no acostumbradas á la expresión del lenguaje católico popular. De todas maneras se arraigaba la buena reputación de la flamante maestra y dama de compañía. Julia no sólo lograba ser muy querida por la camarera católica,

á quien trataba con amor en compensación de las asperezas todos los días recibidas, sino que contentaba igualmente cada vez más á la señora, que descubría de continuo las nuevas cualidades excelentes de su protegida. En cuanto á las alumnas, muchachas bonísimas por su índole y por los cuidados de la madre, se adaptaban como cera virgen á la forma que Julia procuraba imprimirlas; las guiaba con una señal, las corregía con una mirada, y las premiaba con una sonrisa.

Por todas estas razones, bendecía cada uno en Parque verde la hora en que había puesto el pie Julia en aquella casa. Sólo estaba con disgusto la infeliz miss Mary. A medida que la rival lograba el favor de los otros, con más placer la hubiera roído con sus dientes. ¿Cómo no, si la bailarina de Nápoles, como por burla la llamaba, de golpe había logrado su categoría, en el magisterio de las señoritas, contra sus consejos prudentes? Mucho más la escocía descubrir que Clara y Clemencia se doblegaban gustosas á la maestra de Nápoles más que á ella: con Julia se mostraban muy diligentes, muy gozosas y muy expansivas al paso que en su escuela estaban con disgusto y con temor. Llegaba su despecho

á su colmo por la condescendencia de la señora Ana con Julia, y por la intimidad que aparecía en su trato recíproco, de la cual no podía considerarse privada, porque no habíala gozado nunca.

Parecíale á miss Mary que un veneno fijo y acumlado se estancaba en su corazón, oprimiéndolo si no le daba salida: exhalábalo, haciendo á la joven alguna ruina á fin de que conociese su dominio y su inferioridad respecto de ella. Pero aun cuando espiaba mucho la coyuntura, perdía el tiempo: Julia no le daba motivo, ni razón, ni pretexto. Avisada por Kelerina y principalmente por sus propias observaciones, huía suavemente de miss Mary, y obraba con prudencia infinita. No quedaba en su virtud á la celosa mujer más recurso que rumiar en sus adentros la hiel, y por único desahogo decir boberías en secreto á cada uno de los del servicio, sobre los daños y peligros de la familia.— ¡Oh! ¡Que hayamos de ver, decia, á una joven con la leche en los labios, mandar absolutamente en esta casa, donde sin ella todo iba como un reloj!

—¿De qué sirve hacer mala sangre? respondían las mujeres de confianza; es forzoso atar el asno donde manda el señor.